

George W. Sefler, *Language and the World. A Methodological Synthesis Within the Writings of Martin Heidegger and Ludwig Wittgenstein*. Atlantic Highlands, N. J.: Humanities Press, 1974; xxiii + 228 pp.

Este es un libro explícitamente cargado de buenas intenciones filosóficas, pero también el camino al infierno de la filosofía está empedrado de buenas intenciones fallidas. Con esta advertencia inicial no quiero prejuiciar indebidamente al lector potencial, sino sólo prevenirle de un cierto malestar que puede sobrevenirle al leer tantas veces en el texto —no sólo en la introducción, sino en la conclusión y *passim*— que el estudio emprendido es de suma importancia para la meritoria tarea de acercar a filósofos de corrientes distintas. Inmersos como estamos en una era de totales incomprensiones entre filosofías, un esfuerzo de esta clase debe, sin duda, valorarse positivamente; pero ante las repetidas expresiones autopropagandísticas del autor sobre los logros “reconciliadores” de su trabajo, uno inevitablemente se pone sobre aviso para comprobar si en el libro hay algo más que promesas.

La buena intención de Sefler es, en suma, la siguiente: mostrar que, a pesar de todas las apariencias en contra, los dos héroes de la filosofía del siglo xx, Heidegger y Wittgenstein, tienen mucho en común y, por consiguiente, que un *rapprochement* entre los respectivos estilos filosóficos que encabezan es una perspectiva no sólo deseable, sino definitivamente viable.

Por supuesto, el intento comparativo de Sefler no es único en su género, ni enteramente original. Forma parte de una tendencia, bien marcada en la década de los setenta, a buscar paralelismos y puntos de contacto entre la fenomenología (existencial o no) y la filosofía analítica del lenguaje. Después de varias décadas de guerra fría entre “metafísicos” y “positivistas”, sonó, hace unos diez años, la hora del deshielo. Rápidamente se acumularon en Alemania Federal, Estados Unidos y Escandinavia una serie de estudios monográficos que trataban de “empalmar” ciertos aspectos de Frege con Husserl, de Heidegger con Wittgenstein, de Ryle con Merleau-Ponty, etcétera. Especialmente notables en este sentido han sido los trabajos de Follesdal (a quien, por cierto, Sefler no menciona). Así, pues, nuestro autor no está solo en su meritoria empresa.

Lo que sí es original, y a mi juicio una buena idea, en el intento de Sefler, es el método que propone para el estudio comparativo de Heidegger y Wittgenstein. Su propuesta es que atendamos, más que al contenido de las tesis de uno y otro autor, a las semejanzas estructurales, es decir, al lugar que ocupan y las interrelaciones que presentan, dentro de la filosofía de ambos autores, una serie de concep-

tos, postulados y corolarios que “suenan” parecidos (más por sus conexiones que por su contenido aislado). A este enfoque interpretativo, Sefler lo llama “metodológico”; la elección de este término es desafortunada, pues, en realidad, de lo que se trata es de una comparación *estructural* en el sentido, por ejemplo, del estructuralismo lingüístico o antropológico. (Por si hubiera alguna duda al respecto, remito al largo comentario que Sefler hace, en la introducción, sobre el método de análisis puramente estructural tal como lo explicó Carnap en el *Aufbau* con su famoso ejemplo de la red ferroviaria.)

La idea de hacer crítica filosófica comparativa a través de un enfoque estructural más que apeándose al contenido concreto de las doctrinas respectivas me parece atinada y, en principio, fructífera. Dicho de manera más personal: si yo hubiera de emprender un estudio comparativo entre dos filósofos, probablemente seguiría el método recomendado por Sefler. Ahora bien, la cuestión, claro está, es determinar si Sefler se atiene a su propia propuesta y en qué medida lo hace. Y es en este punto donde me surgen serias dudas.

A pesar de su alegato introductorio en favor de una comparación estructural entre Heidegger y Wittgenstein, ésta no se emprende en serio sino hasta los últimos capítulos del libro, y aún allí sin gran convicción y con frecuentes vacilaciones. Los capítulos iniciales y centrales no son, de hecho, más que un conglomerado de dos estudios independientes de Heidegger y Wittgenstein —hechos honestamente, sin duda, pero casi sin relación entre sí. La tesis central de Sefler, que aparece como hilo conductor de su trabajo, es que la preocupación por el lenguaje opera de manera central en ambos filósofos. Esto es cierto, y no se requiere un estudio detallado para percatarse de ello; pero necesitamos más puntos de apoyo que esta mera constatación para que se nos haga plausible la idea de que hay una serie de estructuras conceptuales paralelas en uno y otro caso. Un tema estructuralmente análogo que aparece, de cierto, en ambos autores, y que Sefler desarrolla con bastante fuerza persuasiva, es la idea del lenguaje como límite del mundo. Pero esto no aparece sino hasta el noveno capítulo, titulado “Ontolingüística”, que es sin duda el más interesante y convincente del libro. Previamente, el lector se ha visto obligado a enfrentarse a una serie de disquisiciones y paralelismos forzados; la lectura es, por tanto, frustrante en un buen trecho.

Hay en los últimos capítulos algunos otros señalamientos interesantes, aunque no siempre del todo convincentes, sobre las similitudes entre Heidegger y Wittgenstein, pero suelen tener un aire forzado. Por ejemplo, vale la pena leer lo que Sefler dice sobre la distinción entre lenguaje representacional y no representacional. Ahora bien, esta diferencia está afirmada explícitamente en Heidegger, y con un poco de buena voluntad (si admitimos que las pseudoproposiciones de

que consta el *Tractatus* serían para el propio Wittgenstein también una forma de lenguaje, distinta del lenguaje científico) podríamos encontrarla en el primer Wittgenstein. Pero es sumamente dudoso adscribirle una dicotomía tan tajante al Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas*, con toda su “infinitud” variopinta de juegos de lenguaje. Otros paralelismos supuestamente “estructurales” son aun más discutibles. Así, por ejemplo, Seffler dedica varias páginas a tratar de mostrar una adscripción a una semántica operacionalista (en el sentido de Bridgman) en ambos autores. Si bien esto es hasta cierto punto plausible para el segundo Wittgenstein (en quien encontramos efectivamente una afirmación tan desafortadamente operacionalista como la de que el significado de “longitud” viene determinado por los modos de usar varas de medir), no es verosímil en el caso de Heidegger; ciertamente, un concepto fundamental de *Ser y tiempo* es el de “ser-a-la-mano”, pero no hay por qué interpretar su óptica de la cotidianeidad como si proporcionara una semántica al estilo operacionalista. Lo que hemos dicho del supuesto “operacionalismo” de Heidegger y Wittgenstein se aplicaría también al “pragmatismo” que Seffler, aun más injustificadamente, les atribuye.

Una imprecisión recurrente en el texto, y que hace difícil la evaluación final de la tesis básica del mismo, es que Seffler nunca nos advierte explícitamente qué fases del pensamiento de Wittgenstein y Heidegger se están cotejando. La tesis de la semejanza estructural sin referencia a fases concretas de la evolución de los pensadores es ambigua, especialmente en este caso en que hay diferencias tan marcadas, tanto de estilo como de contenido, en por lo menos dos momentos de ambos autores. No en vano son ya locuciones populares en los medios filosóficos las de “primer” y “segundo” Wittgenstein, las de “primer” y “último” Heidegger. Ciertamente, en años recientes ha habido una tendencia, por parte de los exégetas de ambos pensadores, a subrayar más las coincidencias que las diferencias entre las fases primera y última de los pensamientos respectivos. Independientemente del mayor o menor fundamento que puedan tener estos intentos de “unificación” de la personalidad filosófica (una cuestión en la que aquí no podemos entrar), considero evidente que nunca podrán borrar los cambios profundos y manifiestos que hay en la obra de ambos. (En el caso de Wittgenstein, el giro fue, como sabemos, dramático y explícitamente reconocido por él mismo.) Del *Tractatus* a las *Investigaciones Filosóficas* por un lado, y del *Ser y tiempo* a *Qué significa pensar* por otro, hay una distancia considerable, tanto de método como de contenido, que ninguna reinterpretación atinada querría borrar. Para mencionar sólo dos elementos diferenciales de capital importancia, en un caso hay un salto de una órbita fregeana a una justamente anti-fregeana; en el otro, se pasa del estilo de la

fenomenología de Husserl al de la poética de Hölderlin. En consecuencia, tratar de establecer analogías estructurales entre Heidegger y Wittgenstein sin tener en cuenta seriamente estos notables “cambios de fase” no puede llevar muy lejos. Sefler es sin duda consciente de esta dificultad, pero no la encara abiertamente. Su estrategia, nada convincente, consiste en tomar como puntos básicos de comparación el *Ser y tiempo*, por el lado de Heidegger, y por el de Wittgenstein el *Tractatus* o las *Investigaciones filosóficas*, según le convenga para el argumento del momento.

A pesar de las críticas relativamente severas que se han hecho aquí al estudio de Sefler, no quisiera concluir esta reseña sin hacer notar algunos de sus méritos innegables (aparte del ya mencionado de la idea de aplicar una metodología estructural de comparación).

Ante todo, la exposición es siempre muy clara, lo cual es un mérito tanto mayor cuanto que su objeto de estudio son dos autores que comparten, junto con Heráclito y el Pseudodionisio Areopagita, el dudoso honor de ser los más crípticos en la historia del pensamiento occidental. Sefler logra hacer entender a un filósofo analítico lo que Heidegger quiere decir y a un fenomenólogo existencial lo que Wittgenstein quiere decir. Este esfuerzo sostenido por establecer lazos de comunicación entre los dos lenguajes filosóficos no lo realiza Sefler al precio de mantenerse en un nivel superficial de análisis. Sus interpretaciones no son alambicadas, pero tampoco triviales. Demuestra tener un conocimiento sólido de *Ser y tiempo*, del *Tractatus* y de las *Investigaciones filosóficas*, así como de numerosas interpretaciones de estas obras ofrecidas por otros exégetas.

Quisiéramos señalar, asimismo, la función positiva que este libro podría ejercer particularmente en nuestro medio filosófico, sobre todo al nivel de cursos introductorios o de un público más general, no especializado en filosofía, pero sí interesado en ella. Aunque la guerra fría entre “heideggerianos” y “wittgensteineanos” o, en general, entre “fenomenólogos” y “analíticos” ya hace años que ha cesado para dar paso no sólo a una coexistencia pacífica, sino a tímidos intentos de diálogo genuino, esta actitud aún no aparece suficientemente generalizada, y el abismo sigue abierto. El libro de Sefler, a pesar de sus deficiencias, podría contribuir efectivamente a salvar ese abismo.

C. ULISES MOULINES

Robert Almeder, *The Philosophy of Charles S. Peirce*. Oxford: Basil Blackwell, 1980; ix + 205 pp.

Hay una tendencia cada vez mayor a valorar la obra de Charles Peirce